

Peró Coupeau se aplicaba á distraerla de sus negras ideas, y procuraba animarla, pellizcándole las caderas; y ella le rechazaba, dándole fuertes manotadas; en tanto que él, riéndose, aseguraba que aunque parecía una mujercita débil, no era fácil asaltar. De alegre carácter, él, no se preocupaba del porvenir. ¡Tras un día vienen otros; pardiez! No había de faltar un rincón donde meterse, ni un bocado que comer. El barrio le parecía limpio, prescindiendo de una buena mitad de los borrachos de que debería desembarazarse el arroyo. Coupeau tenía buen fondo, su conversación era á veces muy sensata; algo coquetón, llevaba la raya cuidadosamente abierta á un lado de su cabeza. lindas corbatas y zapatos de charol los domingos. A todo ello unía destreza y una audacia de mono, una tunantería chancera de obrero parisiense, llena de chispa y que se hacía simpática al brotar de sus labios todavía jóvenes.

Los dos habían acabado por prestarse un sin fin de servicios, en el hotel Boncoeur. Coupeau iba por la leche, desempeñaba sus comisiones, llevaba sus paquetes de ropa; á menudo, por la noche, regresando del trabajo antes que la joven, sacaba á paseo á los chicos, por el bulevar exterior. Gervasia, en buena compensación, subía al angosto cuartito donde dormía Coupeau, en el sotabanco, y repasaba su ropa, le ponía botones en los chalecos y remendaba sus blusas. Establecíase entre ambos una gran familiaridad. La joven no se aburría oyéndole cantar las coplas que aprendiera tomadas de la continua jerigonza de los arrabales de París, para ella desconocida completamente. El, al incesante roce de las faldas de Gervasia, enardeciase más y más. ¡Estaba cazado y de firme! Aquello acabó por serle violento. Continuaba risueño, pero con el estómago tan oprimido, que ya no le hacía gracia. Sus pretensiones proseguían, y cada vez que encontraba á la joven le preguntaba: «¿Para cuándo?» Ya sabía esta lo que tales palabras significaban; y le prometía la cosa para la semana de los cuatro jueves. Entonces él, tratando de impacientarla, se presentaba en su habitación con las chanclas en la mano, cual si se mudase de cuarto. Y ella se reía, pasando perfec-

tamente el día, sin ruborizarse á pesar de las alusiones picarescas que de continuo le dirigía. Con tal que no se propasara, tolerábaselo todo. Un día, sin embargo, se enfadó porque, empeñado él en darle un beso, le arrancó algunos cabellos.

A fines del mes de junio perdió su alegría Coupeau. Poníase grave. Gervasia, inquieta por ciertas miradas, se parapetaba durante la noche. Luego, al cabo de unos hociocos que duraron desde el domingo al martes; el obrero fué á llamar á la puerta de la joven, de noche, á las once. No quería ella abrir; mas al escuchar su acento tan dulce, tan tembloroso, acabó por retirar la cómoda que tenía colocada tras la puerta. Cuando entró, creyóle enfermo, tan pálido estaba y tan enrojecidos sus ojos. Y él permanecía en pie, tartamudeando, meneando la cabeza. No, no estaba enfermo. Hacía dos horas que estaba llorando, arriba, en su cuarto; lloraba como un niño, mordiendo su almohada, para que no le oyeran los vecinos. Con aquella iban tres noches sin poder pegar los ojos. Imposible que esto continuara así.

—Oídme, señora Gervasia—dijo con la garganta oprimida, á punto de soltar de nuevo el llanto;—es preciso acabar de una vez ¿verdad? Vamos á casarnos; estoy resuelto, decidido.

Altamente sorprendida quedó Gervasia, y con grave acento:

—¡Oh! señor Coupeau—murmuró,—¿qué vais á conseguir con eso? Nunca os he pedido tal cosa, ya lo sabéis... Vuestras proposiciones no me convenían... ¡Oh! lo que ahora me proponéis es demasiado serio... no; no... Reflexionadlo bien, os lo ruego.

Mas él continuaba moviendo la cabeza en ademán de resolución inquebrantable. Todo lo tenía reflexionado. Había bajado porque necesitaba pasar por una buena noche. ¡De seguro que no le dejaría ella volverse á su cuarto llorando! Desde que le hubiese dado el sí, no la molestaría más, y podría acostarse tranquila. Su sólo deseo consistía en oirla pronunciar el sí. Ya hablarían al siguiente día.

—Tened por cierto que no diré que sí—repuso Gervasia.—No quiero que, más adelante, me acuséis de

haberós impulsado á hacer una tontería... En verdad, señor Coupeau, que hacéis mal en ser tan terco. Vos mismo ignoráis lo que por mí sentís. Si dejaseis de verme ocho días, apuesto á que se os pasaría eso. Los hombres, á menudo, se casan por una noche, la primera, y después las noches se suceden unas á otras; los días prolongan la vida entera, y entonces se arrepentirían de lo lindo... Sentaos un momento ¡vaya! y hablaremos un instante.

Entonces, y hasta la una de la mañana, en el cuarto semiobsuro, á la humeante claridad de una vela que se olvidaron de despabilar, discutieron sobre su matrimonio, en voz baja, para no despertar á los niños que dormían tranquilos con las cabecitas sobre la misma almohada. Y Gervasia aludía continuamente á ellos, enseñándole á Coupeau; ¡vaya un engorroso dote; el que le aportaba; cargarle con dos chiquillos! Después, avergonzabase por él. ¿Qué diría el barrio? Habíanla conocido con su amante, sabían su historia; no era cosa muy decente que los vieses casarse á los dos meses apenas. A tan poderosas razones, contestaba Coupeau encogiéndose de hombros. ¡Qué le importaba el barrio! El no metía su nariz en los asuntos ajenos; hubiera temido sacarla demasiado sucia. ¡Pues bien; sí! ¿que había tenido relaciones con Lantier antes de casarse? Y ¿qué mal había en ello? Gervasia no era mujer de mala vida, no llevaría hombres á su casa, como otras tantas y aun de las más ricas. Por lo que á los chicos atañería, irían creciendo, y se les educaría; ¡pardiez! Jamás encontraría él una mujer tan animosa; tan buena, dotada de tantas cualidades... Por otra parte; más aún: ya hubiera podido ella ser más corrida, fea, holgazana, repugnante y tener una caterva de chiquillos cazcarrientos, todo ello le habría importado un comino: la quería.

—Sí, os quiero—repetía, dándose puñetazos en la rodilla con un continuo martilleo.—¿Lo oís? os quiero... ¿me parece que no hay nada que replicar á esto?

Gervasia poco á poco se enternecía. Apoderábase de ella una cobardía de corazón y de sentidos, en medio de aquel deseo brutal que la envolvía. Ya no aventuraba más que objeciones tímidas, con las manos aban-

donadas sobre las faldas y la faz inundada de dulzura. Desde afuera, por la entreabierta ventana, la hermosa noche de junio enviaba sus cálidos soplos, que asustaban á la vela, cuya larga mecha rojiza se carbonizaba; en el gran silencio del barrio dormido, oíanse solamente los sollozos infantiles de un borracho, tendido de espaldas, en mitad del bulevar, en tanto que, muy lejos, en el fondo de algún restaurant, un violín ejecutaba un rigodón picaresco en alguna boda retrasada, una musicuilla cristalina, clara y delgada como una frase armónica. Coupeau, viendo á la joven sin argumentos que oponer, silenciosa y vagamente ri-sueña, había cogido sus manos y las atraía hacia sí. Gervasia se encontraba en una de esas horas de abandono de que tanto desconfiaba, seducida, demasiado conmovida para negar algo y disgustar á alguien. Mas el plomero no comprendió que la joven se le entregaba; contentóse con apretarle las manos fuertemente para tomar posesión de ella y ambos exhalaban un suspiro, en aquella presión, en que se satisfacía un poco de su ternura.

—Decís que sí ¿verdad?—preguntó Coupeau.

—¡Vaya un empeño!—murmuró ella.—¿Lo queréis? pues bien, sí... ¡Dios mío! tal vez con ello cometamos una gran locura.

El se había levantado, y abrazándola por la cintura imprimióle un rudo beso en el rostro, al azar. Y al advertir el ruido que aquella caricia producía, fué el primero en inquietarse, mirando á Claudio y á Esteban, caminando á paso de lobo, y bajando la voz:

—¡Chist!... seamos prudentes—dijo,—no vayan á despertarse los rorros... Hasta mañana.

Y subió á su cuarto. Gervasia, temblorosa, permaneció cerca de una hora sentada junto á su cama, sin pensar en desnudarse. Estaba conmovida; encontraba á Coupeau muy honrado, pues por un momento creyó que la cosa concluiría acostándose con ella. En tanto el borracho, debajo de la ventana, exhalaba quejidos más roncós, cual de bestia extraviada. Y á lo lejos, había enmudecido el violín del picaresco rigodón.

Los días siguientes, empeñóse Coupeau en decir á Gervasia á que subiera una noche á casa de su her-

mana, calle de la Goutte d'Or. Mas la joven, tímida de sobra, mostraba gran espanto al pensar en visitar á los Lorilleux. Comprendía perfectamente que el plomero tenía cierto miedo á este matrimonio. A la verdad él no dependía de su hermana, que ni siquiera era la mayor. Mamá Coupeau daría su consentimiento con mucho gusto, pues nunca contrariaba á su hijo. Sólo que, en su familia, sabían que los Lorilleux ganaban hasta diez francos al día y esto les daba cierta autoridad. Coupeau no se hubiera atrevido á casarse sin que ante todo hubiesen aceptado á su mujer.

—Les he hablado de vos; conocen nuestros proyectos—decíale á Gervasia.—¡Dios mío! ¡qué niña sois! Venid esta noche... quedáis enterada ¿verdad? Encontraréis á mi hermana un poco tiesa; Lorilleux no siempre se muestra afable. En el fondo, están muy contrariados, porque si me caso, ya no comeré con ellos, y esto aumentará su gasto. Mas no importa; no por ello os darán con la puerta en las narices. Hacedlo por mí, toda vez que es absolutamente necesario.

Estas palabras asustaban más y más á Gervasia. Sin embargo un sábado por la noche accedió. Vino Coupeau á buscarla á las ocho y media. Le esperaba ya vestida con un traje negro, un chal de palmas amarillas estampadas en muselina de lana y un gorrito adornado con puntillas. Hacía seis semanas que ahorra y en este tiempo había economizado los siete francos del chal y los dos y medio de la gorrita; el vestido era una vieja bata limpia y reformada.

—Os esperan—le dijo Coupeau, mientras daban la vuelta por la calle de Poissonnières.—¡Oh! Ya empiezan á acostumbrarse á la idea de verme casado. Esta noche, parecen estar de buen humor... Y además, si no habéis visto nunca hacer cadenas de oro, os agrada verlo. Precisamente tienen un encargo de mucha prisa para el lunes.

—¿Tienen oro en su casa?—preguntó Gervasia.

—¡Ya lo creo! lo hay en las paredes, en el suelo, en todas partes.

En tanto habían franqueado el umbral de la puerta en arco y atravesado el patio. Los Lorilleux vivían en el piso sexto, escalera B. Coupeau la advirtió riendo

que se agarrase bien de la barandilla y que no la soltara. Alzó la joven la vista y entornó los párpados percibiendo la alta torre hueca de la caja de la escalera, iluminada por tres mecheros de gas, colocado cada uno de dos en dos pisos; el último de arriba, parecía una estrella vacilante en un cielo oscuro, al par que los otros dos despedían extensas claridades, extrañamente cortadas, á lo largo de la interminable espiral de los escalones.

—¡Hola!—dijo el plomero llegando á la meseta del primer piso;—¡qué bien huele á sopa de cebolla! De seguro han comido sopa de cebolla por aquí.

En efecto, la escalera B, gris, sucia, con su barandilla y sus peldaños grasientos y sus paredes descascaradas dejando ver la argamasa, olía violentamente á cocina. En cada meseta veíanse profundos corredores donde se oía la algarabía de las voces y del abrir las puertas pintadas de amarillo y ennegrecidas junto á la cerradura por la grasa de las manos; y al ras de las ventanas exhalaba el canalón una humedad fétida, cuya hediondez se mezclaba con el acre olor de la cebolla cocida. Desde el patio hasta el piso sexto oíanse los ruidos de los platos, del lavar los cazos, y el raspar de las cucharas rascando el fondo de las cacerolas para limpiarlas.

En el piso primero, por la rendija de una puerta entreabierta, en la que se leía en grandes letras las palabras «Dibujante», percibió Gervasia á dos hombres sentados á una mesa cubierta con hule, charlando furiosamente, envueltos en el humo de sus pipas. El segundo piso y el tercero, más tranquilo, sólo dejaban oír por los resquicios de sus puertas, el cadencioso columpio de una cuna, el ahogado llanto de un niño, la gruesa voz de una mujer resonando con un sordo murmullo de agua corriente, sin poderse distinguir sus palabras. Gervasia leyó en cartelones clavados en las puertas los nombres de «Señora Gaudron, cardadora», y algo más lejos: «Señor Madinier, taller de cartonero».

En el cuarto piso se pegaban; oíase un pataleo que hacía retemblar el suelo, ruido de muebles al caer, y una espantosa baraunda de votos y de golpes, lo cual no impedía á los vecinos de enfrente jugar muy tran-

quillos á las cartas, con su puerta abierta, para que entrase el aire. Al llegar al quinto piso, apenas podía Gervasia respirar, pues no tenía costumbre de subir tantas escaleras; aquella pared que iba siempre dando vueltas, aquella multitud de habitaciones que á su vista iban desfilando la mareaban. Una familia obstruía la meseta; el padre lavaba los platos en un barreño, colocado cerca del canalón, en tanto que la madre, arriada á la barandilla, limpiaba al rorro antes de acostarle. Coupeau, entre tanto, animaba á la joven. Ya llegaban. Y cuando estuvo en el sexto piso, volvió la cabeza hacia ella sonriendo como para ayudarla. Gervasia, erguida la cabeza, procuraba indagar de qué punto salía un hilo de voz, que venía oyendo desde el primer escalón, voz clara y aguda que dominaba los demás ruidos.

Era una viejecita del sotabanco que cantaba á la vez que vestía muñecas de trece sueldos. Vió también, aprovechando el momento en que una mocetona entraba con un cubo, en un cuarto vecino, una cama sin hacer y tendido en ella un hombre en mangas de camisa, en espera, revolcándose, y fija en el techo la mirada; y sobre la puerta, ya cerrada, una tarjeta de visita rezaba en caracteres manuscritos: «Señorita Clemencia, planchadora».

Terminada por fin la ascensión, molidas las piernas, ahogada su respiración, tuvo curiosidad de inclinarse por encima de la barandilla; actualmente el mechero de gas del piso bajo se le apareció como una estrella; en el fondo del angosto pozo de los seis pisos; y los olores y la vida inmensa y ruidosa de la casa llegaban hasta ella en un solo hálito, azotando con soplo caloroso su rostro inquieto, que se aventuraba allí como en el borde de un abismo.

—¡Aún no hemos llegado!—dijo Coupeau.—¡Oh! ¡es todo un viaje!

Había tomado, hacia la izquierda, por un largo corredor. Torció dos veces, la primera todavía á izquierda, y la segunda á derecha. El corredor se prolongaba siempre, se bifurcaba, angostándose, agrietado, decrepito, iluminado á largos trechos por mequinos mecheros de gas; y las puertas uniformes, en fila como

puertas de prisión ó de convento, continuaban mostrando, abiertas casi todas de par en par, un interior de miseria y de trabajo, que la caliginosa noche de junio llenaba de rojiza niebla. Por fin llegaron á un extremo del corredor completamente oscuro.

—Ya estamos—repuso el plomero.—¡Atención! apoyaos en la pared; hay tres escalones.

Y Gervasia dió unos diez pasos, prudentemente en la obscuridad. Tropezó y contó los tres escalones. En tanto, en el fondo del pasillo Coupeau acababa de empujar una puerta, sin llamar previamente. Una viva claridad irradió en el pasillo. Entraron.

Era una pieza estrangulada, una especie de intestino, que parecía formar la prolongación del pasillo. Una cortina de lana desteñida, y levantada en aquel momento por un bramante, cortaba el intestino en dos mitades. El primer compartimiento contenía una cama adosada bajo un ángulo del abuhardillado techo, una sartén de hierro, caliente todavía desde la comida, dos sillas, una mesa y un armario, cuya cornisa había sido preciso aserrar para poderlo colocar entre la cama y la puerta. En la segunda división estaba instalado el taller; en el fondo, una estrecha fragua, con su fuelle; á la derecha un tornillo sujeto á la pared debajo de un estante donde se veían herramientas; á izquierda junto á la ventana, un banco pequeño, atestado de pinzas, tijeras, sierras microscópicas, grasientas y muy sucias.

—¡Somos nosotros!—gritó Coupeau adelantando hasta la cortina de lana.

Más nadie contestó en seguida. Gervasia, emocionada en alto grado, conmovida sobre todo por la idea de que iba á entrar en una habitación llena de oro, permanecía detrás del obrero, balbuciente, aventurando solamente inclinaciones de cabeza para saludar. La viva claridad de una lámpara que ardía sobre el banco y el candente foco de la fragua contribuían á aumentar su turbación. Al fin consiguió ver á la señora Lorilleux, pequeña, roja, bastante fuerte, tirando con todo el vigor de sus brazos cortos, con auxilio de unas gruesas tenazas, de un hilo de metal negro, que hacía pasar por los agujeros de una hilera sujeta al tornillo. Delante

del banco, Lorilleux, de pequeña estatura también, aunque más delgado de hombros, trabajaba, auxiliado por la punta de sus pinzas y con la viveza del mono, en una labor tan menuda, que se perdía entre sus nudosos dedos. El marido fué el primero en levantar la cabeza; una cabeza pobre de pelo, de faz amarillenta, cual de cera vieja, larga y enfermiza.

—¡Ah! ¿sois vosotros? ¡bueno!—murmuró.—Ya sabéis que estamos muy de prisa... No entréis en el taller, que nos estorbariais. Quedaos en el cuarto.

Y volvió á su tarea minuciosa, con el rostro vuelto hacia el verdoso reflejo de un globo de agua, á través del cual la lámpara proyectaba sobre su labor un círculo de viva luz.

—¡Coge las sillás!—gritó á su vez la señora Lorilleux.—Es esta señora ¿verdad? ¡Muy bien, muy bien!

Había arrollado el hilo; llevólo á la fragua y allí, activando la combustión con el gran fuelle de madera, lo puso á recocer, antes de pasarlo por los últimos agujeros de la hilera.

Coupeau adelantó las sillás, é hizo sentar á Gervasia junto á la cortina. Tan estrecha era la habitación, que no pudo sentarse á su lado. Situóse detrás de ella, inclinándose á cada momento sobre su cuello para darle explicaciones acerca del trabajo. La joven, cortada por la extraña acogida de los Lorilleux y violenta por las miradas oblicuas que le dirigían, tenía un zumbido de oídos que le impedía oír. Encontraba á la Lorilleux más vieja de lo que correspondía á sus treinta años, de aire áspero, sucia, con sus cabellos de rabo de vaca, desgñados sobre su entreabierta chambra. El marido, que sólo contaba un año más, le parecía un viejo, con sus delgados y malignos labios, en mangas de camisa y con los pies desnudos metidos en pantuflos descalcañados. Y lo que sobre todo la consternaba era la exigüidad del taller, las paredes sucias, el hierro oxidado de los útiles, toda aquella porquería hacinada allí como en un puesto de traperos. Hacía un calor sofocante. Gruesas gotas de sudor bañaban el verdoso semblante de Lorilleux, en tanto que su mujer se decidía á quitarse la chambra, dejando los brazos desnudos y la camisa se pegaba á sus caídos pechos,

—¿Y el oro?—preguntó Gervasia á media voz.

Sus miradas inquietas registraban los rincones, buscando, entre toda aquella cazcarría, el resplandor que había soñado.

Coupeau se echó á reír.

—¿El oro?—dijo,—¡miradlo, aquí, allí... y á vuestros pies!

E indicaba sucesivamente el hilo adelgazado que su hermana trabajaba, y otro paquete de hilo parecido á un rollo de alambre, colgado de la pared, junto al tornillo; después, poniéndose á gatas, recogió del suelo, de entre el serrín que cubría el piso del taller, un trozo de hilo, un cabo semejante á la punta de una aguja oxidada. Gervasia dudaba. ¡Aquello no era oro; un metal negruzco, despreciable como el hierro! Para convencerla, fuéle preciso á Coupeau morder el cabo que cogiera y enseñarle la reluciente huella que en él dejaron sus dientes. Y volvía á reanudar sus explicaciones; los patronos suministraban el oro en hilo, en liga; los obreros lo pasaban primeramente por la hilera para obtenerlo del diámetro necesario, cuidando de recocerlo cinco ó seis veces durante la operación; á fin de que no se quebrara. ¡Oh! ¡aquello requería buenos puños y mucha costumbre! Su hermana impedía al marido que se ocupase en la hilera, porque tosía. En cuanto á ella, ¡qué brazos! Coupeau le había visto tirar hilos de oro tan delgados como un cabello.

En tanto Lorilleux, presa de un ataque de tos, se doblaba sobre su taburete. En medio del acceso, habló, diciendo con voz sofocada, y siempre sin mirar á Gervasia, como si hablase consigo mismo:

—Yo hago la columna.

Coupeau obligó á Gervasia á levantarse, diciéndole que se acercase, que lo vería mejor. Accedió el cadernista con un gruñido. Arrollaba el hilo preparado por su mujer en torno de un mandril, ó sea una barrita de acero muy delgada. Después pasó ligeramente la sierra á lo largo del mandril y cortó el hilo, cada una de cuyas vueltas formó una malla. Después las soldó. Las mallas colocábalas sobre un gran pedazo de carbón vegetal. Mojábalas luego con una gota de borax, que tomaba del fondo de un vaso roto, que tenía á su

lado, y rápidamente las enrójecía á la lámpara, á la llama horizontal del soplete. Cuando tuvo un centenar de mallas, volvió á su tarea minuciosa apoyado en la clavija que el roce de sus manos había pulimentado. Doblada la malla con las pinzas, la sujetaba por un lado, la introducía en la malla superior colocada ya en su sitio, y todo ello con una regularidad continua, sucediéndose mallas á otras mallas tan rápidamente, que la cadena iba prolongándose poco á poco á la vista de Gervasia, sin que ésta tuviese tiempo de seguir la marcha y comprenderla.

—Eso es la columna—dijo Coupeau.—Hay la «Cadena», el «Presidiario», la «Barbada», la «Soga». Pero eso es la «Columna», Lorilleux no hace otra cosa que «Columnas».

Esto produjo en el artífice una mueca de satisfacción. Y, sin dejar de engarzar las mallas, movibles entre sus negras uñas, exclamó:

—¡Oye, Cadet Cassis!... Esta mañana hacía un cálculo... Comencé á trabajar á los doce años ¿verdad? ¡pues bien! ¿sabes tú qué tira de «Columna» llevo hecha hasta hoy?

Y al decir esto, levantaba su pálida faz, guiñando sus enrojecidos párpados.

—Ocho mil metros ¿lo oyes? ¡Dos leguas! ¿qué tal? ¡una tira de columna de dos leguas! Con ella hay para arrollar el pescuezo de todas las mujeres del barrio. Y, como ves, la tira va prolongándose. Espero que, con el tiempo, llegará de París á Versalles.

Gervasia había vuelto á sentarse, desilusionada, encontrando muy feo todo aquello. Sonrió, sin embargo, por agradar á los Lorilleux. Lo que sobre todo la cargaba era el silencio que se guardaba tocante á su casamiento, á ese asunto tan importante para ella y el solo objeto que allí la había llevado. Los Lorilleux continuaban tratándole como una curiosa impertinente conducida allí por Coupeau. Por fin entablóse una conversación, versando únicamente sobre los inquilinos de la casa. La señora Lorilleux preguntó á su hermano si no había oído, al subir, cómo se zurraban los vecinos del piso cuarto. Esos Benard, se aporreaban todos los días; el marido regresaba borracho como un cerdo;

la mujer, no más recomendable que él, lo acogía con asquerosos improperios. Después, hablaron del dibujante del primer piso, el tunante de Baudequin, trapalón acribillado de deudas, fumando siempre, y siempre alborotando con sus camaradas. El taller de cartonero del señor Madinier, no se sostenía más que sobre un pie: el día antes el patrón había tenido que despedir á dos oficiales; nada extraño sería que diese la voltereta, pues todo cuanto ganaba se lo comía, y á sus hijos los llevaba con el trasero al aire. La señora Gaudron cardaba especialísimamente sus colchones; de nuevo se hallaba en cinta, cosa que á su edad, ya empezaba á no ser muy limpia. El propietario acababa de despedir á los Coquet, del quinto piso; debían ya tres trimestres; además, se emperraban en encender su fogón en la meseta, á pesar de que el sábado anterior, á no ser por la señorita Remajou, la vieja del sexto piso, que salía á entregar sus muñecas y bajaba á tiempo para evitarlo, el niño Linguerlot se hubiera abrasado vivo. En cuanto á la señorita Clemencia, la planchadora, vivía como le daba la gana, pero no había nada que decir de ella; adoraba á los animales, tenía un corazón de oro. ¡Ah! ¡lástima que una joven de tan buenas prendas se enredase con todos los hombres! De seguro el día menos pensado la encontrarían paseando la acera.

—Toma, ahí va una—dijo Lorilleux á su mujer, dándole la tira de cadena, en la que trabajaba desde que concluyó de almorzar.—Puedes enderezarla.

Y añadió, con la insistencia de un hombre que no renuncia fácilmente á un chiste:

—Van cuatro pies y medio más... esto me aproxima á Versalles.

Entre tanto, la señora Lorilleux, después de haberla puesto á recocer, enderezaba la columna, pasándola por la hilera de ajuste. Metióla luego en una pequeña cacerola de cobre de largo mango, llena de agua segunda y la limpió al fuego de la fragua. Gervasia, invitada de nuevo por Coupeau, vióse obligada á seguir con la vista esta última operación. La cadena, una

vez limpia, volvióse de color rojo obscuro. Estaba lista, en disposición de entregarla.

—Se entregan en blanco—continuó explicando el plomero.—Las bruñidoras son las encargadas de frotarlas con un paño.

Pero Gervasia sentíase sin fuerzas para más. El calor, aumentando gradualmente, la sofocaba. La puerta la dejaba cerrada, porque la menor corriente de aire constipaba á Lorilleux. Entonces, viendo que ni por asomo se hablaba de su matrimonio, quiso marcharse y tiró suavemente de la blusa á Coupeau. Este la comprendió. También él, por su parte, empezaba á sentirse perplejo y ofendido de tal afectación de silencio.

—Vaya, nosotros nos vamos—dijo.—Os dejaremos trabajar.

Y anduvo un momento, y esperó aguardando una palabra, una alusión cualquiera. Por último decidióse á abordar él mismo la cuestión.

—Ya lo sabéis, contamos con vosotros; Lorilleux será testigo de mi mujer.

Alzó el cadenista la cabeza, fingiendo sorprenderse, sonriendo fisgón, en tanto que su mujer, soltando la hilera, se plantó en mitad del taller.

—¿Conque va de veras?—murmuró Lorilleux.—Con ese demonche de Cadet Cassis no sabe uno si ha de hablar en serio ó en broma.

—¡Ya! la señora es la novia—dijo á su vez la mujer, mirando fijamente á Gervasia.—¡Dios mío! Nosotros no podemos aconsejaros en este asunto... No deja de ser idea rara la de casaros; pero, en fin, si á los dos os conviene... así no podréis echar la culpa á ninguno sino á vosotros si no sale bien... Y á fe que no sale bien á menudo, no, frecuentemente no sale bien...

Y arrastrando la voz al decir estas últimas palabras, movía la cabeza, considerando desde la cabeza á los pies á la joven, cual si hubiese querido desnudarla para verle los granitos de la piel. Seguramente debió encontrarla mejor de lo que esperaba.

—Mi hermano es libre de obrar á su gusto—continuó con acento menos áspero.—Verdad es que la familia hubiera deseado tal vez... suelen hacerse pro-

yectos... Pero las cosas toman giros tan raros... Por mi parte no voy á oponerme. Aunque nos hubiese presentado la última entre las últimas, le habría dicho: Cásate con ella y déjame en paz... Sin embargo, no le iba muy mal, aquí, con nosotros... Está grueso, lo cual prueba que no ayuna... Y siempre tenía su sopa caliente y á punto... Oye, Lorilleux, ¿no opinas que la señora tiene cierto parecido con Teresa, ya sabes, aquella mujer que murió ahí enfrente, del pecho?

—Sí, se da cierto aire—respondió el cadenista.

—¿Y tenéis dos hijos, señora? ¡Ah! eso le he dicho á mi hermano: No comprendo como te casas con una mujer que tiene dos hijos... No os enojéis si me intereso por él; es natural... Además, vuestro aspecto no indica gran robustez... ¿Verdad, Lorilleux, que la señora no parece muy robusta?

—No, no es robusta.

No hablaron de su pierna. Mas Gervasia comprendió por sus miradas oblicuas y por el movimiento de sus labios, que se ocupaban de ella. La joven permanecía ante ellos en pie, aprisionada en su delgado mantón de palmas amarillas, contestando con monosílabos, como si se hallara en presencia de un juez. Viendo Coupeau sus torturas, acabó por exclamar:

—Vaya, ¿tenéis algo más que decir? Lo que hasta ahora habéis dicho y nada, todo es una misma cosa. La boda tendrá efecto el 29 de julio. He echado mis cálculos con el almanaque. ¿Quedamos convenidos? ¿estáis conforme?

—¡Oh! nosotros siempre estamos conformes—dijo su hermana.—No teníais necesidad de consultarnos... Por mi parte no me opondré á que Lorilleux sea testigo... quiero vivir en paz.

Gervasia, con la cabeza baja y no sabiendo ya en qué ocuparse, había metido la punta del pie en uno de los montones de serrín de que el taller estaba sembrado; después, temiendo haber descompuesto algo al retirarlo, habíase inclinado tentando con la mano. Lorilleux acercó la lámpara bruscamente y la examinó los dedos con desconfianza.

—Hay que andarse con cuidado—dijo;—los pedaci-

los de oro se pegan á los zapatos y uno se los lleva sin apercibirse de ello.

Diríase que se trataba de una obra magna. Los patronos no perdonaban ni un milígramo de merma. Y enseñó la pata de liebre, con la cual barría las partículas de oro que quedaban sobre la clavija y la piel que ponía sobre sus rodillas para recibir las. Barríase cuidadosamente el taller dos veces por semana: guardaban la basura, la quemaban y tamizaban sus cenizas, entre las cuales se encontraba algunos meses hasta por valor de veinticinco á treinta francos en oro.

La señora Lorilleux no apartaba la vista de los zapatos de Gervasia.

—No se incomodará por esto la señora,—murmuró con amable sonrisa;—pero puede mirar la suela de sus zapatos.

Y Gervasia, roja de vergüenza, alzó los pies é hizo ver que no llevaba nada en las suelas.

Coupeau había abierto la puerta, gritando:—¡Buenas noches!—con acento brusco, y llamó á Gervasia desde el corredor. Esta, entonces, salió á su vez, después de haber balbuceado un cumplido; esperaba que volverían á verse y que se entenderían como buenos amigos. Pero los Lorilleux habían vuelto ya á emprender su faena, en el fondo del negro agujero del taller, donde la pequeña fragua relucía como el último trozo de carbón blanquea en un horno que se apaga. La mujer, con una punta de la camisa caída sobre la espalda y enrojecida la piel por el reflejo del brasero, tiraba un nuevo hilo, y á cada esfuerzo hinchábase su cuello cuyos músculos se arrollaban parecidos á cuerdas. El marido, encorvado bajo la verde luz del globo de agua, principiaba una tira de cadena, doblaba la malla con las pinzas, la sujetaba por un lado, la introducía en la malla superior, y así continuaba mecánicamente sin perder su gesto para enjugarse el sudor del rostro.

Al desembocar Gervasia del corredor á la meseta del sexto piso, no pudo menos que decir, con los ojos anegados en llanto:

—Poca felicidad augura esto.

Coupeau sacudió furioso la cabeza. Ya le pagaría el mal rato Lorilleux. ¡Vaya un miserable! ¡atreverse á suponer que se le iban á llevar tres granos de su polvillo de oro! Todo aquello obedecía á avaricia pura. Pues qué ¿se figuraba su hermana que no se casaría nunca para economizarle cuatro sueldos en su puchero? De todos modos, la cosa se realizaría el 29 de julio. ¡Maldito lo que le importaban sus parientes!

Gervasia, empero, mientras bajaba la escalera, sentía acojonado el corazón, asediándola un necio pavor que la obligaba á mirar con inquietud las sombras agigantadas de la barandilla. A la sazón la escalera dormía, desierta, iluminada únicamente por el mechero del segundo piso, cuya llama achicada despedía en el fondo de aquel pozo de tinieblas, la gota de claridad de una lamparilla. Tras de las cerradas puertas, oíase el más profundo silencio, el aplastado sueño de los obreros acostados al levantarse de la mesa. Con todo, exhalábase una risa suave de la habitación de la planchadora, mientras que un hilo de luz atravesaba por la cerradura de la puerta de la señorita Remanjou, la cual continuaba cortando, al leve ruido de sus tijeras, los vestidos de gasa de las muñecas de trece sueldos. En el piso bajo, en la habitación de la señora Gaudron, seguía llorando un niño. Y los canalones despedían un hedor más penetrante en medio de aquella paz grande, negra y muda.

Después, ya en el patio y mientras Coupeau gritaba al portero que abriese la puerta, Gervasia volvió la cabeza, mirando una vez más la casa. Parecíale más grande, bajo el cielo sin luna. Sus fachadas grises, cual si estuviesen limpias de su lepra y estucadas de sombra, extendíanse, subían; y las encontraba más desnudas, más chatas, faltándoles los pingajos que durante el día se secaban al sol. Las ventanas cerradas dormían. Algunas, esparcidas, vivamente iluminadas, presentaban el efecto de ojos abiertos, pareciendo como si ciertos lados miraran bizco. Encima de cada vestíbulo, de abajo á arriba, en fila, las vidrieras de las seis mesetas, blanqueadas por un pálido resplandor, trazaban una angosta torre de luz. El destello de una lámpara, surgiendo del taller del cartonero del segundo

piso, formaba un surco amarillo sobre el empedrado del patio, agujereando las tinieblas que anegaban los talleres de la planta baja. Y del fondo de estas tinieblas, en el húmedo rincón, sonoras, en medio del silencio, iban cayendo una á una las gotas de agua del mal cerrado grifo de la fuente. Entonces parecióle á Gervasia que la casa pesaba sobre ella, aplastándola, helándole las espaldas. Era otro efecto de su necio pavor, una niñería de la que se rió en seguida.

—¡Cuidado!—gritó Coupeau.

Y efectivamente, para salir, hubo de saltar por encima de un gran charco que habían formado las aguas del tinte.

Aquel día el pantano era azul, de un azul profundo de cielo de verano, en que los reflejos de la lamparilla del portero encendían estrellas.

III

Gervasia no quería que se festejara su boda. ¿A qué gastar dinero? Además, estaba aún algo avergonzada y le parecía inútil hacer gala de su matrimonio ante todo el barrio. Mas Coupeau no se conformaba con ello; decía que no podían casarse así como así, sin comer un bocado en reunión. ¡A él maldito lo que el barrio le importaba! En resumidas cuentas, tratábase de una cosa muy sencilla; un paseito después de medio día, esperando la hora de ir á torcer el cuello á un conejo, en el primer fonducho que les saliese al paso. Por supuesto, nada de música á los postres, ni siquiera un clarinete para sacudir el trasero de las señoras. Nada; unos trinquis tan sólo, antes de que cada mochuelo se fuese á su olivo.

El plomero, bromeando, riendo, decidió á la joven, después de jurarle que no habría algazara. Por su parte, no quitaría la vista de los vasos á fin de impedir las «insolaciones». Entonces organizó un escote á cien sueldos por barba en casa de Augusto, en el «Moulin d'argent», boulevard de la Chapelle; un tabernerillo barato, que tenía un baile en el fondo de

su trastienda, bajo las tres acacias del patio. Allí, en el primer piso, se acomodarian perfectamente.

Durante diez días estuvo reclutando convidados en casa de su hermana, calle de la Goutte d'Or; el señor Madinier, la señorita Remanjou, la señora Gaudron y su marido.

Hasta consiguió que Gervasia aceptara á dos camaradas suyos, Bibi la Grillade y Mess-Bottes; verdad es que Mess-Bottes empinaba el codo, pero tenía un apetito tan chusco, que siempre se le invitaba á todos los escotes, con el sólo objeto de ver la cara que ponía el fondista viendo á aquel tragón despachar sus doce libras de pan en un santiamén. La joven, por su parte, ofreció llevar á su patrona la señora Fauconnier y á los Boche, muy buenas gentes. Contados todos, serian quince á la mesa, lo cual era suficiente. Cuando se reúne demasiada gente, siempre acaban disputando.

A todo esto, como Coupeau se encontraba sin un sueldo, y, sin pretender echárselas de grande, quería portarse como persona decente, pidió prestados cincuenta francos á su patrón. Con ellos compró en primer lugar el anillo de boda, un anillo de oro de doce francos, que Lorilleux le proporcionó á precio de fábrica por nueve.

Después fué á que le tomaran medida para una levita, un pantalón y un chaleco, un sastre de la calle Myrrha, á quien entregó á cuenta solamente veinticinco francos; sus zapatos de charol y su sombrero todavía podían pasar. Separando los diez francos de su escote y el de Gervasia, pues los chicos no pagaban, quedáronle justos seis francos, coste de una misa en el altar de los pobres. En verdad que no gustaba de los cuervos, y partiale el corazón dar sus seis francos á unos glotones que no tenían menester de ellos para tener remojados los gaznates. Pero un matrimonio sin misa, por más que se diga, no es un matrimonio.

El mismo fué á la iglesia á regatear el precio, y durante una hora se las hubo con un cura viejo y pequeño, de sotana sucia y ladrón como una frutera. Tentaciones tuvo de darle algunos pescozones. Después, en befa, preguntóle si no habría por casualidad, en su tienda, alguna misa de lance, no muy deteriorada.